

## Las ilusiones perdidas

Sergio González Rodríguez\*

Abandonarse y dar. Mis nulas capacidades de ser maestro y mis contrastantes —aunque esporádicas— habilidades para exponer temas, despertar curiosidades y sacar provecho del caos —estoy de acuerdo con el precepto aquel que indica que la imaginación proviene de lo caótico—, han llegado a confundir a mis eventuales interlocutores de aula.

Alguna o algún alumno que he llegado yo a tener creyó ver en mí una persona que podía ofrecerle un juicio sensato sobre su talento para la escritura. Ignoro qué utilidad hayan tenido mis juicios peregrinos en un momento dado, pero sí estoy convencido de que fueron sinceros y al mismo tiempo implacables, tajantes pero jamás desalentadores, comprensivos pero avasalladores. En suma, paradójicos.

Tengo la impresión de que allí —en la paradoja— se halla el núcleo de la enseñanza. Al final, creo que nadie se engaña a sí mismo por mucho que se esmere. Y el papel que debe uno jugar como maestro —al menos, en el caso de la literatura o la escritura— consiste en prolongar las ilusiones de los aprendices y a la vez persuadirlos de que éstas carecen de sentido con el fin de que el propio alumno o alumna alcancen un punto de claridad: su carencia de aptitud para la literatura.

Tiempo atrás, fui “coordinador” de un Taller de Escritura que tenía como sede el Museo del Chopo de la UNAM, antes de que este recinto volviera a sus orígenes: el polvo, los fósiles, la incuria. No tenía yo la más remota idea de qué haría con un puñado de adoles-

centes apenas de menor edad que yo, y que —al igual que yo— nos movíamos bajo la bruma de la ingenuidad y la admiración por los libros.

Era la época en que asistir a un “taller” literario daba lustre, tanto como “coordinarlo”. Sí tenía clara una idea al respecto que a la fecha sostengo: los llamados talleres de escritura son una suerte de clubes de convivencia, que vinieron a suplir a las cafeterías de antaño, donde se reunían para conversar los prestigiados en el oficio y los aspirantes a serlo. También se daban allí encuentros amorosos o se prolongaban los ya existentes.

A falta de salones, hubo cafeterías, y en la ausencia de éstas, prosperaron los talleres: el mismo crecimiento de la ciudad los hizo posibles. Y entonces proliferaron en muchos barrios y colonias, hasta llegar al grado de que cada delegación capitalina tuvo el o los suyos.

Cuando fui coordinador de uno de aquéllos en el Museo del Chopo, se mantenía aún el pequeño lujo o privilegio de ser miembro de una cofradía de lectores —ignoro si esto sigue vigente, pero a la luz de lo que me cuentan, el roce actual se muestra más proclive a las ventajas de la chanza democrática, que a los dones de la aristocracia del espíritu. Eramos siete u ocho personas inmersas en la magia de descubrirnos y descubrir libros o autores, atentos a los tanteos escriturales de los demás.

Debió durar un semestre aquel trabajo, y en la memoria sólo rescato algunos rostros, palabras, imágenes, mi verbosa vehemencia en torno de Juan Carlos Onetti o José Bianco. De los alumnos aquellos, que yo sepa, sólo dos



\* Crítico literario, narrador, ensayista y guionista

acogieron en forma profesional la literatura, y se les vio al poco tiempo muy activos en las planas culturales de distintos diarios: Gonzalo Valdés Medellín —crítico de teatro, entonces cuentista— y Agustín Jiménez —poeta y librero a la fecha.

Los demás tenían el suficiente talento como para destacar en el futuro, pero quizás se encontraron con la encrucijada donde las ilusiones ceden ante el peso de la condición humana. O no tenían nada que hacer en las letras, y no supe verlo. Admiro a Carlos Monsiváis porque es un maestro en disuadir a los ineptos, con frases que emite, cual oráculo incuestionable, después de leer un texto de algún aprendiz: “estás negado para la literatura”, musita, la voz grave, mientras arrastra las consonantes, “dedícate a la veterinaria, o la plomería”. Cosas así.

También me cautiva el método Benítez. Cuentan —porque a mí no me tocó verlo, aunque trabajé con el autor, ya provector, de *Los indios de México*, varios años en *La Jornada Semanal*— que Fernando Benítez solía romper en pedacitos las cuartillas de los aspirantes a colaboradores ante los ojos estupefactos de ellos. Y, ya encarrerado en su investidura de jerarca cultural, añadía, teatral e irónico, el tono engolado: “no se atreva a traerme semejante basura a mi suplemento”.

La historia literaria está llena de consejos y consejeros —algunos radicales, otros persuasivos— que se dirigen a los aprendices o a los jóvenes. Pero entre muchos de ellos, ocuparía un lugar de honor la carta de Arturo Bandini a un escritor aficionado, que tramó John Fante en su prodigiosa novela *Pregúntale al polvo* (1939, publicada en español por Anagrama). Arturo Bandini —alter ego de Fante— le dice así a un tal Sammy, rival amoroso, escritor ínfimo y tuberculoso terminal:

“La putilla que tú y yo conocemos ha estado aquí esta noche; ya sabes, la hispana de cuerpo escultural y seso

de mosquito. Me enseñó unos cuentos que, según me dijo, habías escrito tú. Me dijo también que estabas a punto de irte al otro barrio. En circunstancias normales, la situación sería horrible de por sí. Pero después de leer la mierda que has escrito, permíteme decir, en nombre del mundo en general, que si desapareces de este valle de lágrimas será una suerte para todos. No sabes escribir, Sammy. Te sugiero que dediques las últimas energías que te quedan a poner en orden tu espíritu de mongólico antes de que abandones un mundo que respirará de alivio cuando desaparezcas. Me gustaría poder decirte con sinceridad que no quiero que te mueras. También desearía que, al igual que yo, pasaras a la posteridad con algún monumento que recordara el tiempo que pasaste en la tierra. Pero como salta a la vista que ello es imposible, quisiera ayudarte a pasar los pocos días que te quedan sin amargura ni resentimiento. La vida ha sido muy cruel contigo. Al igual que el resto de los mortales, supongo que también tú estarás contento de que todo vaya a acabarse dentro de poco y de que los garabatos con que has engorriado la blancura inmaculada del papel no tengan nunca la oportunidad de analizarse desde un punto de vista más intolerante. Cuando te insto a que quemes toda la basura que has cometido y a que en lo sucesivo te mantengas al margen de todo sacrilegio literario, lo hago en nombre de todas las personas sensibles y civilizadas. Si tienes máquina de escribir, mi dictamen sigue siendo el mismo; porque mecanografiar tus manuscritos sería una desgracia para la humanidad. No obstante, si persiste tu delictivo deseo de escribir, te ruego me envíes las cagarrutas que te dicte la inspiración. Yo sé que no lo haces adrede, pero me río mucho leyéndote. Algo es Algo”.

Estoy tentado a decir que todo aspirante a escritor o escritora, antes que leer las *Cartas a un joven poeta* o cosas

así, se entregara a leer y releer, si ya no la novela aquella de John Fante, las páginas 148 y 149 que recogen el párrafo arriba reproducido. No les haría daño a los nuevos escritores, y a lo mejor nos ahorraríamos la flojera de acudir a los consentimientos o los circunloquios.

Mi palabrería en aquel Museo del Chopo y la de mis contertulios literarios se volvió humo. La recuerdo ahora porque se trata del típico episodio que encubre otro, casi inadvertido, pero que perdurará más allá de la voluntad y la memoria, y que ahora tintila bajo el esqueleto de hierro del edificio porfiriano: la muchacha que estudiaba teatro y que solía cambiarse de ropa ante nuestros ojos antes de comenzar su clase.

Era la encarnación de una belleza turbia: una adolescente proletaria y grácil, de piel clara y cabellera en rizos que se desposeía de sí misma mientras de desnudaba ante nuestros ojos. Su secreto era abandonarse y dar. Un secreto que todos perseguíamos en aquellos años, y aún perseguimos en el misterio de los libros. O de la propia vida. ♣

